

IMAGEN DE GABRIELA MISTRAL

por Fryda Schultz de Mantovani

Fryda
SCHULTZ DE MANTOVANI



Ha cedido gentilmente a estar con nosotros, doña FRYDA SCHULTZ DE MANTOVANI, distinguida poetisa y ensayista argentina, quien —como su esposo, el profesor Juan Mantovani, eminente educador— tiene valiosa obra en las Letras de Hispanoamérica. Doña Fryda se ha destacado en dos campos distintos de nuestra Literatura, en los que ha llegado a obtener insignes distinciones en su país natal. Como poetisa, ha sido laureada en dos ocasiones, y por su actividad literaria ha ocupado cargos meritorios tanto en la Argentina como en otros países de América. Como ensayista ha penetrado en la vida y obra de grandes personalidades nuestras, o de otras, que sin ser de origen hispanoamericano, vincularon sus vidas a estos países del Nuevo Mundo. Esencialmente puede considerarse como denominador común de la obra literaria de la señora Mantovani, su preocupación por interpretar, y aún identificarse en delicada vivencia, con el sentimiento mágico y significativo del mundo de los niños. Tal preocupación es patente en su hermosísimo libro **“El Mundo Poético Infantil”**, que fué para nosotros una de las más emocionadas lecturas cuando todavía no habíamos traspuesto los umbrales de este Instituto. Esa identificación con la poética verdad del niño constituye casi una determinante en los ensayos interpretativos de Doña Fryda sobre algunos personajes de nuestra historia:

especialmente entre aquellos en que se vuelva la bondad del hombre desde el sustratum remoto de la vida de su infancia, y los que su pasión de ser libres y de ver libres a los suyos, arrastra ese incontaminado y "misterioso estado de virginidad por el que el alma vive no en contacto, sino en comunión con el mundo". Así Martí el del alma sencilla y el corazón sin odio que no fuese contra el odio mismo. Así Sarmiento, arisco y desafiante de niño y echado a andar por toda su América a la conquista del libre viento obstaculizado por los riscos de la barbarie.

La visión es significativa en el proceso psicológico señalado por la señora Mantovani en el estudio de sus personajes. Hoy, con nosotros, viene al encuentro de la sublime figura de Gabriela Mistral. Se trata ahora de un personaje femenino, distinto al que ya nos trazó en el ambiente barroco e inaprehensible, como ella misma lo afirma, de esa alma de "síntesis contradictoria" que fué Sor Juana Inés de la Cruz.

Gabriela Mistral, oración de maestra en la pura intimidad de sus versos, desolación en el dolor de su poesía de amor, es también belleza incontaminada en sus rondas para cantar y arrullar a sus niños, en ese mundo estremecido de ternura de todas las poesías del corazón. Ante ella estaremos, con la verdad emocionada de su personalidad poética, en la palabra valiosa de la señora Mantovani (1).

(1) Ocupando el espacio habitual en el que insertamos la ficha bio-bibliográfica de nuestros colaboradores, hemos preferido dar cabida en esta oportunidad, a las emocionadas frases de presentación pronunciadas por el Profesor Luis Quiroga Torrealba la noche del 23 de febrero último, en que la señora Fryda Schultz de Mantovani dictó en el Auditorio del Instituto Pedagógico la conferencia que recogemos en las páginas que siguen. (N. de la D.)

IMAGEN

DE

GABRIELA MISTRAL

por

Fryda

SCHULTZ DE MANTOVANI

I

LA VOCACION Y EL OFICIO

Esta imagen de Gabriela tendrá que ser necesariamente personal. Pido excusas de antemano, pero ya deseché varias formas de comienzo pareciéndome siempre que era ella misma la que venía a echar su aliento sobre el espejo, aventando los papeles y notas, "el método moderno de fichas, pedante, pero útil" —son sus palabras— que en este oficio de las letras produce la ilusión de abordar un tema e instalarse en él, como en tierra conquistada. Es que, en rigor, Gabriela Mistral no es un tema literario sino una ecuación humana, vieja como el mundo, pero que se da en América, por novedad de su paisaje y de su gente. Acaso nadie como esta mujer solitaria haya tenido tanto contacto con los seres que pueblan la tierra. Apenas hay quien no la conozca o la recuerde; y lo que digo no toca sólo a su verso y a su prosa, una de cuyas primeras huellas, o la más curiosa, es un artículo en *defensa de la belleza*, aparecido en París (1913), en una revista que dirigía Rubén Darío; toca también a su obra, dispersa

y traducida a todos los vientos en lo que va del siglo; a su palabra viva, tantas veces escuchada; a su presencia física, que ambuló por muchos lugares; y, sobre todo, a su fervor comunicativo que ella sentía un deber y que la llevó a dedicar los ratos perdidos de su pensamiento y a escribir mensajes y cartas, a veces interrumpidos por largo silencio, como si arrojase el destinatario al pozo de la memoria del que volvía a resurgir —persona, cosa, animal o vegetal— nuevamente fresco y ayer no más visto.

La historia de su vida podría comenzar así: hubo una vez una muchacha, que nació en un valle de Chile, y se hizo maestra rural. El oficio se lo mandaba la vocación, propiciada por la circunstancia; pero ella pronto encontró que, más que letras y números, lo que podía y debía enseñar era lo que en verdad amaba: las pobres gentes, sus vecinos; su madre, y las niñas que jugaban en el lugar; la rica pedrería y extensión de la tierra, que está al alcance de todos y es ajena, y de la que Dios dispone, a veces a disgusto de sus inmediatos poseedores. Levantó entonces los ojos, mas no fué para cantar himnos de gozo sino para interrogar angustiosamente, o para hablar a Dios, con la naturalidad y las relaciones de vecindad con que aún hoy lo hacen, en voz alta, los indios de la América que he visto:

*... Mas nosotros tan sólo tenemos,
para juego de nuestro mirar,
greca lentas que dan nuestras manos,
golondrinas al muro de cal,
remos negros que siempre jadean
y que nunca rematan el mar.*

(“Nocturno de los tejedores viejos”)

Esa ladera del mundo fué la que escogió, definitivamente: la parte de humanidad desheredada y triste, que suena a travesura del destino, a loco aliento de lo fatal, y que suele dejar de lado, por inconfesable o irremediable, la razón de los hombres sensatos, para sólo tomarla con la debida circunspección y la asepsia que significa una teoría social no comprometida con la práctica. Se dirá, acaso, que la caridad y no la poesía es la única que venda las heridas; la constante entrega del tiempo y olvido de sí que supone cumplir con el acto mínimo, a la vez piadoso y material, al que se consagran ciertas vidas. Pasando revista a las virtudes

teologales, que hicieron a los santos, Gabriela declara en el “Nocturno de la Derrota” su ambición y su orfandad:

*Yo no he sido tu Pablo absoluto
que creyó para nunca descreer,
una brasa violenta tendida
de la frente con rayo a los pies.
Yo le quise el tremendo destino,
pero no merecí su rojez.*

.....
*Yo no he sido tu Santo Francisco
con su cuerpo en un arco de “amén”...*

.....
*Yo no he sido tu fuerte Vicente,
confesor de galera soez,
besador de la carne perdida...*

.....
*Mis sentidos malvados no curan
una llaga sin se estremecer;
mi piedad ha volteado la cara
cuando Lázaro ya es fetidez,
y mis manos vendaron tanteando,
incapaces de amar cuando ven.*

.....
*Te levanto pregón de vencida,
con vergüenza de hacer descender
tu semblante a este campo de muerte
y tu mano a mi gran desnudez...*

Pero, esta actitud de espíritu, ¿no acusa desde ya una predilección? ¿No es la que confiere al verso y a la existencia de Gabriela ese profundo sentido de verdad, de comunión humana, de coparticipación en la más desasistida herencia de la criatura terrestre, de la que se siente igual o menor? Alguna vez me habló de cierta generosidad que el mundo estima demasiado, únicamente porque es visible: hay que ser generoso de su alma, decía, no sólo de su dinero. Esta dación del alma, esta memoria de la humanidad con sus rostros conocidos y sus nombres, su pasado y su presente, que la persiguió hasta en el sueño, era la que ella practicaba sin descanso, porque estaba en su naturaleza, que le mandaba ser así y no de otro modo, aunque disgustase a Don Palurdo, amador de citas y de rimas perfectas, “persona colec-

ber recibido incólume de los místicos de España, hasta con su dejo de rebelión y de herejía, sin sufrir las torceduras del barroco, ni la frialdad que las siguió, ni la declamación de los románticos, que se quemaban en llamas de papel. Y ella, que era veraz y auténtica, y se sabía la pequeña maestra chilena, bajaba siempre el tono de la voz y dedicaba su libro, como aquel de México de 1924, a las mujeres de América, a las que sentía su familia espiritual. Por eso es que habla con palabras íntimas, con giros prohibidos en la literatura ultra culta: "Madre: en el fondo de tu vientre se hicieron en silencio mis ojos, mi boca, mis manos. Con tu sangre rica me regabas como el agua a las papillas del jacinto, escondidas bajo la tierra... Yo he crecido, como un fruto en la rama espesa, sobre tus rodillas. Ellas llevan todavía la forma de mi cuerpo; otro hijo no te la ha borrado". ¿Qué habría de todo esto que interesase al tiempo, que pasa sobre los hombres, al mundo, que deja de lado lo consabido y cotidiano, la experiencia siempre una y distinta de los hombres, porque el mundo gira incansable sobre sus ejes? Mientras se vive la historia, la poesía no es más que un fenómeno que no incide en su curso. De igual modo en la vida diaria: la actitud poética no es más que una locura inofensiva, una calentura en la frente de los solitarios, como recuerda Gabriela que su madre le decía al verla sola, alejada del corro de los niños, conversando con las cepas y los almendros. "Ahora está hablando así también contigo, que no le contestas; y si tú la vieres la pondrías la mano en la frente, diciendo como entonces: —Hija, tú tienes fiebre". Lo que no significa más que un sobresalto materno, comprensión y reconocimiento del hijo que ve más adentro y más allá de las cosas, y se aleja para contemplarlas en su totalidad y armonía. Pero el peligro, la vereda del abismo, consiste en el vértigo que sufre el contemplador al ver cómo se despeña en canto rodado, una madre en el vacío:

*¡Piedra de cantos ardiendo,
a la mitad del espacio,
en los cielos todavía
con bulto crucificado,
y cuando busca a sus hijos,
piedra loca de relámpagos,
piedra que anda, piedra que vuela,
vagabunda hasta encontrarnos...!*

.....

*¡Recibe a mi madre, Cristo,
dueño de ruta y de tránsito,
nombre que ella va diciendo,
sésamo que irá gritando,
abra nuestra de los cielos,
albatros no amortajado,
gozo que llaman los valles,
Resucitado, Resucitado!*

III

LA TIERRA: PREFERENCIAS

Como quien se despoja de un cilicio, Gabriela, en las notas finales de "Tala" (1938) consideró cerrado ese angustioso período de largos años que subsiguio a la muerte de su madre. De naturaleza antirromántica, su reciedumbre de criolla, curtida a la intemperie en los temporales de la pasión y de la fatalidad que se lleva las gracias de la vida, le hacía sentir aversión y hasta vergüenza por todo lo que sonase a llanto, a lágrima, a débil y enfermizo temblor ante el destino. No obstante, ella podía clausurar a voluntad el ciclo de unos cuantos poemas memorables, que cuentan entre lo mejor de su obra; pero lo que no podía detener era aquello de lo que ni siquiera era consciente, porque nadie hay que perciba su imagen, nítida y verdadera, en el espejo del tiempo. Era lo que la llevaba a identificarse con su tierra americana, inmenso vientre donde, entre lo mineral y lo vegetal, germina la vida, la dulce y humilde vida de los hombres, en medio de la podredumbre y el hastío de unos siglos que apenas tocan sus playas, sus altas cordilleras. Era esa tierra un limbo parecido al olvido; allí se perdona de antemano al que ultraja, ofende y abandona, y se está dispuesto a protegerlo con un silencio, cómplice también, como el de las madres. Lucila Godoy se enfrentó muy pronto con el primer suicidio, el del hombre que amaba, y su "Adiós", en "Tala", revela ese extraño clima en el que, más allá del bien y del mal, continuó compartiendo con otro la culpa de una súbita partida:

*No te sueñes solo
ni pida tu voz
albergue para uno
al albergador.*

*Echarás la sombra
que siempre se echó,
morderás la duna
con paso de dos...
¡Para que ninguna,
ni hombre ni dios,
nos llame partidos
con luna y sol;
para que ni roca
ni viento errador,
ni río con vado
ni árbol sombreador,
aprendan y digan
mentira o error
del Sur y del Norte,
del uno y del dos!*

Ese momento fatal la perseguía en la memoria y en el sueño, y uno de sus más inquietantes poemas es el que dedica a José Asunción Silva, cuya noche de muerte asimila a la que ella vive; su propio tiempo superpuesto al del poeta suicida. Por último, tendría que desgranar todavía otra cuenta de su rosario de muertes: la de su sobrino Juan Miguel Godoy, un muchacho al que ella sentía criatura de su alma tanto como de su sangre. Lucila Godoy, transfigurada en Gabriela Mistral, no sospechó quizás que al asumir el nombre poético que envolvería su destino materno, lo que asumía en verdad era la representación de la soledad y del misterio, de la vastedad casi inhumana de la tierra americana, donde la vida y la muerte, como dos ángeles contradictorios, disputan sobre un caos vegetal. Sólo que ella era una criatura humana, y la paciencia se le iba acabando. A partir de ese momento Gabriela vuelve una y otra vez, o mejor dicho no sale de ese círculo infernal en el que la había precipitado el destino. Y la que dijera en el "Nocturno de la Consumación", desengañada de todo, o mejor aún sin querer llamarse a engaño sobre los bienes de la luz en el mundo:

*He aprendido un amor que es terrible
y que corta mi gozo a cercén:
he ganado el amor de la nada,
apetito del nunca volver,
voluntad de quedar con la tierra
mano a mano y mudez con mudez...*

—lo que de alguna manera revelaba la fuerza de una voluntad incoercible, parecida a la del indio que se arrebujaba en su manta y se sienta a esperar lo que ocurra— era también la que en un momento crucial, que llega a toda vida y se homologa con aquel del Cristo en que reclama a su Padre, dice, en una línea perdida de un poema poco recordado y que se titula "La copa", después de hacer alarde de una actitud no vencida, de una trayectoria en la que nadie pudo hacerle dar un paso que no quisiera, ni nada lograr que se vertiese una gota no consentida:

*Mentira fué mi aleluya: vedme.
Yo tengo la vista caída a mis palmas;
camino lenta, sin diamante de agua;
callada voy, y no llevo tesoro,
y me tumba en el pecho y los pulsos
la sangre batida de angustia y de miedo!*

Es que esta mujer, asomada al vértigo de las almas, dispuesta siempre a escuchar, a imaginar o a soñar la confesión que devuelve la paz a los hombres, podía sufrir a menudo el instante del miedo, la tormentosa pesadilla que sacude como un castigo a los que mucho compadecen y aman:

*...y la piedad envejece como el llanto
y engruesa el corazón como el viento la duna.*

Así dice en "Tala" al hombre, "triste de pecado", incitándolo para que descargue en ella sus culpas; que una vez libre y en camino recibirá a su turno la confesión del que llega, que será su igual, su hermano.

*Pregúntale también con la cabeza baja,
y después no preguntes, sino escucha
tres días y tres noches.
¡Y recibe su culpa como ropas
cargadas de sudor y de vergüenza,
sobre tus dos rodillas!*

Pero esta constante vocación de aprendizaje y de comunión humana no se manifiesta sólo en la poesía de Gabriela Mistral, que, como ha dicho Torres Bodet, "vive de lo esencial, hasta el punto de que resulta inflexible a todo lo frívolo". Y añade: "Si

algo declaratorio, pomposo y vano se atreviese por desventura a contaminarla, lo anularía inmediatamente, por quién sabe qué intensa y lúcida combustión". Es en sus páginas de prosa, cuyo estilo sólo es comparable al de Martí —aunque no tiene la andanada vivaz y rica de su lenguaje, pero lo supera, en cambio, en la profunda entonación, por la que se desliza a veces una sonrisa socarrona de la criolla del sur, lenta, que espera a pie firme— donde se percibe nítida la imagen que de ella devuelven sus preferencias. Habla de escritores, pero de entre ellos elige a aquellos que comunican una vibración personal, humana, afectiva: Tolstoi y Gorki, que se ocuparon de espigar en el pueblo; Unamuno, que abjuraba del hombre de razón y exaltaba al de sentimiento, que vive, padece, muere y resucita; Tagore, que agudiza y fecunda su visión de los niños, y sobre el que escribe tres poemas en prosa titulados "Comentarios líricos" (1917); Giovanni Papini en su primera época; el intimista Amado Nervo... Hay uno en quien, a la sabiduría, se suman la gracia y el fervor por las causas nobles, y es también uno de sus elegidos: Alfonso Reyes. Pero, entre todos los de su raza, al que venera es a aquél a cuya fiesta llegó tarde: el cubano José Martí. La amistad le llegó en sus obras, en la lengua, en el legado de vigilancia que nos dejaba por todas las cosas de nuestra América. Gabriela sabe salir al encuentro de sus maestros y recogerles la voz cuando ya se fueron: Sarmiento, medio pariente en la procedencia cuyana de su sangre; Sandino, uno de los libertadores mártires; y el gran-colombiano, de quien en la introducción de *"Lecturas para mujeres"*, dijo: "Hace muchos años que la sombra de Bolívar ha alcanzado mi corazón con su doctrina".

IV

"RECUERDO GESTOS DE CRIATURAS..."

La "pequeña maestra chilena", que no se presentó al escenario en 1914, en Santiago, a recibir el premio por sus *"Sonetos de la Muerte"*, tendría que cumplir aún un largo peregrinaje, llamada por países de su América, antes de elegir ese lugar del Norte, desde el que oteaba al Sur; por fin buscaría para morir, "de una muerte callada y extranjera", ese pueblo niño cuya lengua nunca terminó de entender, ni se esforzó siquiera, contenta de sorprenderle sus claras reacciones, sus pueriles alegrías de todos los

días —¿para qué intentar entender también esa segunda patria del alma, que es el lenguaje, si en la primera ya nos comprendemos?—, y un poco cansada, como dijo alguna vez, de la América que miente y odia tanto.

Fervorosa creyente, su cristianismo, no de meros textos, desbordaba de una estricta ortodoxia. Era respetuosa del ritual, pero, como los santos —y que su extrema humildad me perdone la comparación, que la hubiera irritado— a menudo sentía la aridez de alma, y la rebeldía que se pronuncia en algunos de sus poemas, la angustia que atormenta, a un paso ya de la desesperación, y la flaqueza de la carne: agujijones con los que se prueba la fe. También sus preferidos en materia divina: Teresa de Lisieux, y no la de Avila, con quien se la ha comprado en el estilo; San Vicente de Paúl y el Pobrecito de Asís.

Otra curiosa, pero lógica inclinación para quien ha nacido en medio de una geografía gigantesca, se revela entre sus temas: los exploradores y aventureros de la tierra y del aire, Amundsen, Nansen, Lindbergh. Y, por fin, desde la primera a la última de sus páginas, de sus palabras y sus días, la preocupación amistosa y el interés que demuestra por los artesanos, alfareros, labradores y mozos de campo, exaltando el valor y la importancia de los oficios modestos. Es que, en realidad, no hay menester, por humilde que sea, que no se transforme en cosa santa, esencial, cuando el que lo desempeña siente amor por la vida y sus semejantes y anhela servirlos. Ella sentía así también su oficio, la poesía, que sirve para domiciliar a la criatura humana en este planeta que, sin el auxilio del espíritu, se volvería inhabitable.

La agradecida de todos los países y pueblos de la tierra cuyo paisaje se le confundía con las gentes, es decir, aquellos donde había establecido una comunicación perdurable —"recuerdo gestos de criaturas / y eran gestos de darme el agua..."— habría de conformar al fin, con todas las cosas visibles e invisibles, un único país:

*País de la ausencia,
extraño país,
más ligero que ángel
y seña sutil,
color de alga muerta,
color de neblí,
con edad de siempre,
sin edad feliz...*

Era, acaso, el país desconocido para nosotros, los que la seguíamos a la distancia, y que sólo podíamos palpar, ciegos y un poco perplejos, esas rugosidades y hendiduras de la montaña, esos ríos cristalinos y valles de la niñez que levantan su interna geografía en el alma de los poetas, quienes nos alcanzan, por sobra del misterio, una muestra de sus premoniciones:

...Y en país sin nombre
me voy a morir.
*Ni puente ni barca
me trajo hasta aquí.
No me lo contaron
por isla o país.
Yo no lo buscaba
ni lo descubrí.
Parece una fábula
que yo me aprendí,
sueño de tomar
y de desasir.
Y es mi patria donde
vivir y morir.*

*Me nació de cosas
que no son país:
de patrias y patrias
que tuve y perdí;
de las criaturas
que yo ví morir;
de lo que era mío
y se fué de mí.*

*Perdí cordilleras
en donde dormí;
perdí huertos de oro
dulces de vivir,
perdí yo las islas
de caña y añil,
y las sombras de ellos
me las ví ceñir
y juntas y amantes
hacerse país.*

*Guedejas de nieblas
sin dorso y cerviz,
alientos dormidos
me los ví seguir,
y en años errantes
volverse país.
Y en país sin nombre
me voy a morir.*

Todos los abandonados, los indefensos, los que en alguna medida sufren persecución o aspiran a ser libres, tienen en esta mujer la palabra viva que está dispuesta a alzarse y a avergonzarse a los poderosos con un reproche que no suena como clamor, sino que se desliza, eficaz, al oído de las conciencias. La verdad y la justicia, que rebelan a los pueblos oprimidos, tienen en ella una defensora —la declaración por Hungría fué lo último que su mano firmó—. Los judíos eran sus predilectos, tanto como los niños y las mujeres, las anónimas mujeres de las aldeas y los campos. Y, por descontado, no olvidaba jamás a los indios, dondequiera que estuviesen, ella o ellos. Cuenta Germán Arciniegas que un día Gabriela fué a ver al Papa, Pío XII, quien le preguntó si quería pedir su bendición para alguien. Ella echó a andar su imaginación por la tierra entera donde habitan los hombres, como quien palpa otra vez las facciones de un ser querido, y dijo, resuleta: “Yo pido a Su Santidad por los indios”. “Y se abandonó a hablarle de los indios —prosigue Arciniegas—, como si ella fuera la sola mujer de América, la madre de la América olvidada. Habló muy largo, como hablaba siempre. Fué la gran confesión de su vida. Una confesión franciscana. El Papa oyó ese día, quizás por primera vez, un reclamo que no se parecía en nada al del turbulento padre Las Casas en el siglo XVI. La voz de Gabriela fluiría en la intimidad del coloquio como un eco no perdido de la quena, que llegaba peregrino al oído de Roma”.

V

LA GEA MATERNA

He dejado para lo último la faceta de su espíritu que la proyectaría por todas partes hasta el punto de confundírsela con su nombre y su obra total; fué también lo que, por un azar inmere-

cido, me vinculó a su paso por Buenos Aires, primero, renovándose después el encuentro con cada carta que su generoso recuerdo me destinase. La ví por última vez en un verano de 1946, después de su Premio Nobel, y quiero conservar siempre, para hablar de ella, la imagen que ese día me dejó, de "una encina, una siesta y una charla de California". Gabriela buscaba, "por una vocación o una voluntad decidida y misionera" —son sus palabras— el contacto con todo aquel que intentase abordar el mundo alegre y misterioso de la infancia; más aún, llevada de su propio olvido, lo consideraba un igual, un hermano. Agradecía en los demás la intención de allegarse al habla de los niños, y advertía como mérito cualquier balbuceo de aprendiz en esto de la poesía infantil. Y sin embargo, era ese lenguaje del alma, en el que se entienden niño y madre, lo que ella sentía y expresaba mejor que ninguno.

En la "Cuenta-Mundo", dice:

*Niño pequeño, aparecido,
que no viniste y que llegaste,
te contaré lo que tenemos
y tomarás de nuestra parte...*

Y a continuación pinta el aire, y todos los elementos, animales y cosas con que tendrá que convivir y reconocerá descritos por su boca el niño americano que cante lo que ella enseña. "... A quien usted quiere, cuida y mimas es a la vieja maestra de niños", decía. Sí; la maestra-madre, que enseña al hombre la religión de su especie y que pone en labios de la mujer, convertida en Gea terrestre y humana, una canción de cuna parecida a aquella con la que balancea en el universo la inmensa Madre a los nacidos de su seno:

*Absurdo de la noche,
burlador mío,
si-es no-es de este mundo,
niño dormido...*

Y también, en "Sueño grande":

*A niño tan dormido
no me lo recordéis.*

*Dormía así en mi entraña
con mucha dejadez...*

.....
*Les digo que lo dejen
con tanto y tanto bien,
hasta que se despierte
de sólo su querer...
El sueño se lo ayudan
el techo y el dintel,
la Tierra que es Cibele,
la madre que es mujer.
A ver si yo le aprendo
dormir que ya olvidé
y se lo aprende tanta
despierta cosa infiel.
Y nos vamos durmiendo
como de su merced,
de sobras de ese sueño,
hasta el amanecer...*

Pero, acaso, dentro de esa ola tierna que constituye la canción de cuna —género que ya con nivel poético nació en el pueblo, en boca de la madre ana labeta, pero poseída de amor— ninguna alcance ese *pathos* trascendente, que del desvarío sube al frenesí, como ésta, que Gabriela titula "Dormida":

*Meciendo mi carne,
meciendo a mi hijo,
voy moliendo el mundo
con mis pulsos vivos.*

*El mundo, de brazos
de mujer molido,
se me va volviendo
vaho blanquecino.*

*El bulto del mundo,
por vigas y vidrios,
entra hasta mi cuarto,
cubre madre y niño.*

*Son todos los cerros
y todos los ríos,
todo lo creado,
todo lo nacido...*